



"La Nación", Buenos Aires
2 de diciembre 1907

RECOGIDO EN "De esto
y de aquello" tomo #.....

2-201
2-129

LA FELIZ IGNORANCIA

(DE LA NACIÓN)

SALAMANCA, octubre de 1907.

Parecía que la doctrina de la feliz ignorancia era cosa reservada á ciertos teólogos, pero no es así, pues también entre los artistas y escritores hay no pocos que la profesan.

Recordando sin duda que según el relato bíblico nuestros primeros padres cayeron en el pecado original, quedando sujetos al trabajo y á la muerte por haber probado del árbol de la ciencia que el Señor les vedó, han sido no pocos los que han cantado las excelencias de la inocencia en el sentido de ignorancia. Quien añade ciencia añade malicia, dijo el sabio por antonomasia, y este estribillo ha venido resonando á través de los siglos. El catecismo de la doctrina católica más usual en España, el del P. Astete, á cierta pregunta responde así: «eso no me lo preguntéis á mí que soy ignorante;—y quiero seguir siendo—debió añadir—doctores tiene la Santa Madre Iglesia que os sabrán responder.» He aquí la fórmula más popular y más precisa de esa horrible fe implícita, ó fe por relegación, que nos tiene acorchada el alma.

¿Quién no ha oído alguna vez en su vida hacer el panegirico de la ignorancia y del burro santo? Y, sin embargo, he de repetir aquí lo que en otra parte tengo dicho y es que el burro no es santo ni el ignorante, en cuanto ignorante, puede ser bueno, y que yo prefiero ser ángel desgraciado á no serlo satisfecho.

Pero esa doctrina de la feliz ignorancia parecía reservada á teólogos malos que tienen miedo á la ciencia, cuando he aquí que la encontramos proclamada por artistas y literatos. Es legión el número de los literatos jóvenes que entre nosotros se jactan de no leer ni estudiar cosa seria, aduciendo que el estudio y la ciencia matan la inspiración.

¡La inspiración! ¡La frescura! ¡La espontaneidad! ¿Qué entenderán por estas palabrejas tan asonandosas esos jóvenes de profesión ó de afición?

Cuando se les habla de libros y de estudio os suelen con el estribillo de la vida, y hoy es el día en que tampoco sé qué quieren decir con eso. La vida! ¿Es que no vive el que estudia? Y luego hay que ver la vida que ellos hacen, la más monótona, la más uniforme, la más pobre, la más aburrida.

Esa ignorancia cultivada no les impide, por otra parte, hacer poesías paganas sin haber estudiado el paganismo, largarnos alexandrines versallescos en que se nos habla de la Pompadour sin haber penetrado en el espíritu de aquella época, y cosas por el estilo. Y no tienen siquiera la frescura de D. Manuel Fernández y González que escribía novelas históricas y cuando una vez le echaron en cara que no estudiaba historia replicó: «¿yo la historia no necesito estudiarla, porque la presento!» Una cosa por el estilo se cuenta de Victor Hugo.

El estudio mata la espontaneidad de la inspiración, dicen. ¿En qué se la mató á Leopardi, que era doctísimo, ó á Carducci, un profundo y erudito conocedor de literaturas clásicas antiguas y modernas?

Otro joven de estos que lo son de profesión—hay, en efecto, los profesionales de la juventud—me decía no querer leer para conservar su originalidad, y hubo de replicarle: así lo que conseguirá usted es descubrir mediterráneos; salir con cosas que crea usted suyas y son antiquísimas. Cuanto más uno lee y estudia, cuanto más sabe lo de los demás, más original es. Porque la originalidad no consiste precisamente en decir algo que antes no haya dicho otro—cosa bastante fácil—sino en combinar y relacionar de una manera personal y propia los pensamientos del común acervo. Padre, no ha de estimarse al que engendra un hijo sino al que le cria, educa y forma hasta colocarle en el lugar en que mejor viva y sea más útil á la sociedad. Y así un pensamiento es más de quien supo colocarlo en su sitio, en el lugar lógico que entre los demás pensamientos le corresponde y desde el que proyecte más luz sobre éstos y brille él, más, que no quien primero lo formuló aislado. Escritores muy medianos han dejado sentencias nuevas y otros muy originales están llenos de ideas ajenas. Nadie dudará de la grandeza y originalidad de Shakespeare, y sin embargo apenas hay frase suya célebre de la que no se pueda encontrarla en otra parte, así como los argumentos de sus dramas los tomaba de otros escritores.

Suele haber también en algunos de estos «originales» á tenazón cierta hipocresía que les lleva á ocultar lo que leen y esconderse para hacerlo. Tal celeberrimo poeta español hubo que negaba saber francés y, sin embargo, lo sabía y además algo de inglés.

Y cuando leen ¿qué cosas leen por lo general nuestros literatos! Literatura y nada más. Y así hacen teatro de teatro, novela de novela, lírica de lírica.

Me preguntaba una vez el malogrado poeta Gabriel y Galán qué le aconsejaba que leyese y le contesté: «¿va usted á dedicarse á la poesía? pues lea usted de todo, hasta de poesía, pero de ésta menos, mucho menos que de lo demás. Lea de ciencias, de historia, de religión de filosofía, sobre todo de filosofía, y á los grandes poetas, á aquellos cuyas obras han salvado los siglos.»

Pero aquí sucede que el leer al último coplero de moda en París, en Madrid, en Barcelona ó Buenos Aires, impide á muchos leer á Homero, al Dante, á Shakespeare, á Virgilio, á Goethe, á Wordsworth, á Corneille ó á Lamartine. Hay una especie de desvío hacia lo grande y permanente, hacia lo consagrado. Y sobre todo hacia aquello cuyo conocimiento exige esfuerzo.

Así se explica la aversión que entre nosotros se nota al estudio de la filosofía, y esa aversión se refleja en la singular vaciedad ó insubstantialidad de lo más de nuestra producción literaria. ¿Quién lee con atención á Platón, á Séneca, á los Padres de la Iglesia, á Bacon, á Spi-

Autógr.



VNIVERSIDAD
DE SALAMANCA

GREDOS.USALES



noza, á Descartes, á Locke, á Hume, á Kant, á Hegel, á Stuart Mill y á tantos otros cuyas obras pertenecen ya al legado perpetuo de linaje humano? Beethoven hacía de la lectura de Platón su lectura favorita y á alguien que preguntaba para qué le servía eso al componer música se le dijo muy bien que la música se compone con el espíritu y Platón ensancha éste.

Una cosa es la formación puramente libresco del espíritu y otra muy distinta este horror á los libros, sobre todo á los libros substanciosos. Una cosa es tomar al libro como fin ó poco menos, como les sucede á esos que se llaman bibliófilos, coleccionadores de códices y ediciones raras, y otra cosa muy distinta ver en el libro el principal medio de cultura. Enseña á ver la naturaleza.

Decía Ganivet que él nunca tomaba notas de los libros que leía—y leyó muchos y los leyó bien—sino que dejaba que las ideas que ellos le daban ó le sugerían se fueran asentando por sí mismas y organizándose en su espíritu. Y es que no leía «para» citar, aunque alguna vez citase «porque» había leído. Y de Darwin se cuenta que según iba leyendo un libro iba arrancándole las hojas si éstas no contenían nada que él creyese digno de volver á ser leído, y así en su biblioteca, compuesta de no muchos volúmenes, eran los menos los que estaban enteros y completos.

No, lo que se observa entre una parte de nuestros jóvenes literatos no es horror á la erudición y á la bibliofilia, sino horror á la ciencia y al estudio. Es más, se da un tipo del pedante aborrecedor del estudio, el que lee lo menos que puede pero cita todo lo que lee, y hasta ha conocido un lector de catálogos. Los que apenas leen sino reseñas bibliográficas y críticas que les permitan hablar de libros y autores sin haberlos leído son legión; constituyen una plaga.

Decía hace unos años un periodista alemán que escribió sobre España que no era lo peor de ésta el gran número de analfabetos—número que se ha exagerado mucho y que disminuye rápidamente—sino el que entre los que saben leer los más ó leen muy poco ó leen muy malo. La afición á la lectura va desarrollándose y aumentando en España, pero hay que decir, en honor á la verdad, que esa afición es mayor entre las clases populares. Aunque algún mentecato me lo tome á paradoja he de decir que relativamente la gente que menos lee, ó no lee más que futilidades, es la gente de letras. El literato con harta frecuencia odia la lectura. Y desde luego lo que lee lo lee de gorra.

¿Y qué lee? A lo sumo las producciones de sus compañeros y colegas, cuando éstos se las regalan. Si esto sigue así llegará día en que si los literatos somos doscientos, haremos tiradas de doscientos ejemplares de cada una de nuestras obras; y nos las cambiaremos, con sendas dedicatorias, para cambiar luego los bombos disparatados y los palos no menos disparatados.

Y esto tiene una fácil pero triste explicación. Desde que la literatura se convierte en medio de vida, por precaria

que ésta sea, en industria sujeta á comercio, lo que al literato le interesa es averiguar los gustos del público. La bondad intrínseca y duradera de su artículo de comercio, le tiene sin cuidado; lo importante es que se adapte al mercado y satisfaga á la demanda. Por eso estudia el mercado y el mejor modo de hacerlo es estudiar los productos que hallan aceptación más grande en él. ¿Que tal ó cual novela llegó á ser un éxito de librería? Pues leamos esa novela para ver en qué pueden consistir tales éxitos.

Claro está que los llamados éxitos de librería no son siempre, ni mucho menos, éxitos permanentes literarios y que no pasa por el mejor escritor el que más vende por el sólo hecho de vender más que los otros, pero á las gentes de letras la gloria les preocupa mucho menos de lo que tratan de hacer creer á los demás. Una de sus conversaciones favoritas es la de lo que ganan éste ó aquél.

Todo esto, unido á una especial dispepsia intelectual—permítaseme la metáfora—hace que se tenga en aborrecimiento ó poco menos á la lectura y estudio de aquellas obras militares, literarias, científicas, filosóficas ó religiosas, que son como hijos en la marcha ascendente del espíritu humano. ¿Para qué molestarse en digerir la «Ética» de Spinoza, ó la «Lógica» de Hegel, pongo por caso de obras repulsivas á esos espíritus de que vengo hablando?

Hay, además, para enfrascarse en esas lecturas que prepararse y aprender cierto tecnicismo, y aquí la mayoría de las gentes aborrecen toda lectura que exige preparación. Sobre todo la de la filosofía.

Este horror á la filosofía y esta debilidad intelectual que impide á tantos de los nuestros penetrar en ella es lo que ha hecho la boga de ciertos filósofos amenos y de vulgarización. Spencer, hombre de vastos conocimientos—más vastos que profundos—no pasaba de ser un «dilettante» ó aficionado de la filosofía, con cierta radical incomprensión de lo más profundo de ella, y á ésta su deficiencia debió gran parte de su boga. Sus superficialismos críticos al Kantismo y todo aquel mezzquino razonar de la primera parte de sus «Primeros Principios», toda esa filosofía de ingenioso desocupado, como de ella dice Papini en «El crepúsculo del filósofo», estaba á la altura de la comprensión del común de las gentes.

Hombre de más intensidad de pensamiento, de más penetración crítica, y sobre todo de mucha mayor comprensión metafísica era Schopenhauer, pero la boga de éste se debió más que á su pensamiento fundamental, á las «boutades», paradojas ó ingeniosidades con que sabía exponerlo y á su talento literario.

Y si pasamos á Nietzsche, este gran poeta, es indudable que lo más de su fama se la debe á la decadencia de los estudios filosóficos, á la extensión del «dilettantismo» y á que entre otras malas pasiones que halaga en sus admiradores y adeptos se adapta á la ignorancia filosófica de la mayor parte de éstos. Lo que más prestigio ha dado entre nosotros





á Nietzsche son sus ataques á Cristo y al cristianismo y se lo han dado á favor de la profunda ignorancia que respecto al cristianismo y á Cristo domina entre nosotros. Tal badulaque que en su vida ha leído el Evangelio por entero, y mucho menos lo ha medido, y que tiene horror á estudiar las obras maestras del espíritu cristiano, se entusiasma ante aquello de llamar al Cristo ladrón de energías y decir de su religión que es una religión de esclavos. Y con esto cree el pobrecito que ya está desclavizado.

1 dita

Me he fijado en tres hombres de verdadero mérito cada uno en su esfera, en tres conductores de almas como son Spencer, Schopenhauer y Nietzsche; pero si descendiendo de ellos nos fijáramos en la boca de tal ó cual publicista que pasa por algo filósofo [qué de cosas no veríamos! Se traduce á Sergi ó á Le Dantec, pero no á Avenarius ó á Renouvier y es ello natural.

Y luego todo esto se refleja en la pura literatura, en la que llaman vaga y aneana, que á pura vaguedad y amenidad acaba por perderlas quedándose en flojería y ramplonería.

Bien sé yo que una obra de arte no es ni tiene que ser una obra filosófica, pero cuando no tiene su filosofía dentro, sépalo ó no el autor mismo, será obra de arte endeble y floja. La «Iliada» sirvió de repertorio de ejemplos á los filósofos paganos y el «Cantar de los cantares», un canto erótico, de base de especulaciones místicas para los filósofos cristianos.

MIGUEL DE UNAMUNO.



VNIVERSIDAD
DE SALAMANCA

GREDO, USALES